





Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*



GENERALITAT
VALENCIANA





PUBLICA

© Ciudad de las Artes y las Ciencias, S. A.
Prolongación Paseo de la Alameda, 48, entresuelos 1 y 2
46023-Valencia (España)

1.^a edición: febrero 2010

EDICIÓN

Sección de Publicaciones CAC, S. A.

TEXTO

Departamento de Educación del Oceanogràfic

ILUSTRACIÓN

Departamento de Educación del Oceanogràfic y Departamento de Imagen Gráfica CAC, S. A.

DISEÑO GRÁFICO Y MAQUETACIÓN

Departamento de Imagen Gráfica CAC, S. A.

IMPRESIÓN

Textos & Imágenes, S. A.

ISBN

978-84-936305-5-3

DEPÓSITO LEGAL

V-734-2010

Impreso en Valencia (España)

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

www.cac.es/tiendaonline ⓘ 902 100 031

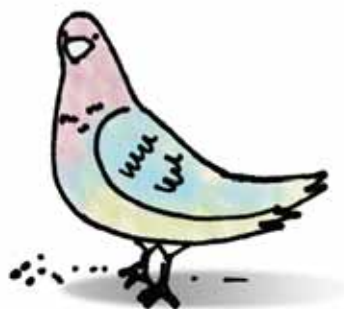
 Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

6

Éste es Dani, un niño que a sus nueve años de edad había superado ya muchos de sus miedos, incluso el miedo a las arañas, ¡que no es cualquier cosa! Había conseguido mantener una tarántula en la palma de su mano durante nueve segundos, un segundo por cada año cumplido, y lo había logrado sin desmayarse. Ahora llevaba una araña de plástico en el bolsillo para enseñarla en el colegio y así explicar a sus amigos todo lo bueno que tenían las arañas.



Dani había superado con éxito el miedo a esos bichos peludos, pero todavía había otras muchas cosas que le aterraban: la oscuridad, las montañas rusas, el profe de matemáticas, las palomas –sí, sí, esas aves inofensivas que siempre acaban invadiendo todas las plazas, ésas que cuando te acercas a ellas salen volando a la vez que emiten un ruido extraño, ¡ésas, ésas!, a Dani le daban miedo–, pero, entre todos los miedos, había algo que le producía auténtico pavor: los tiburones.

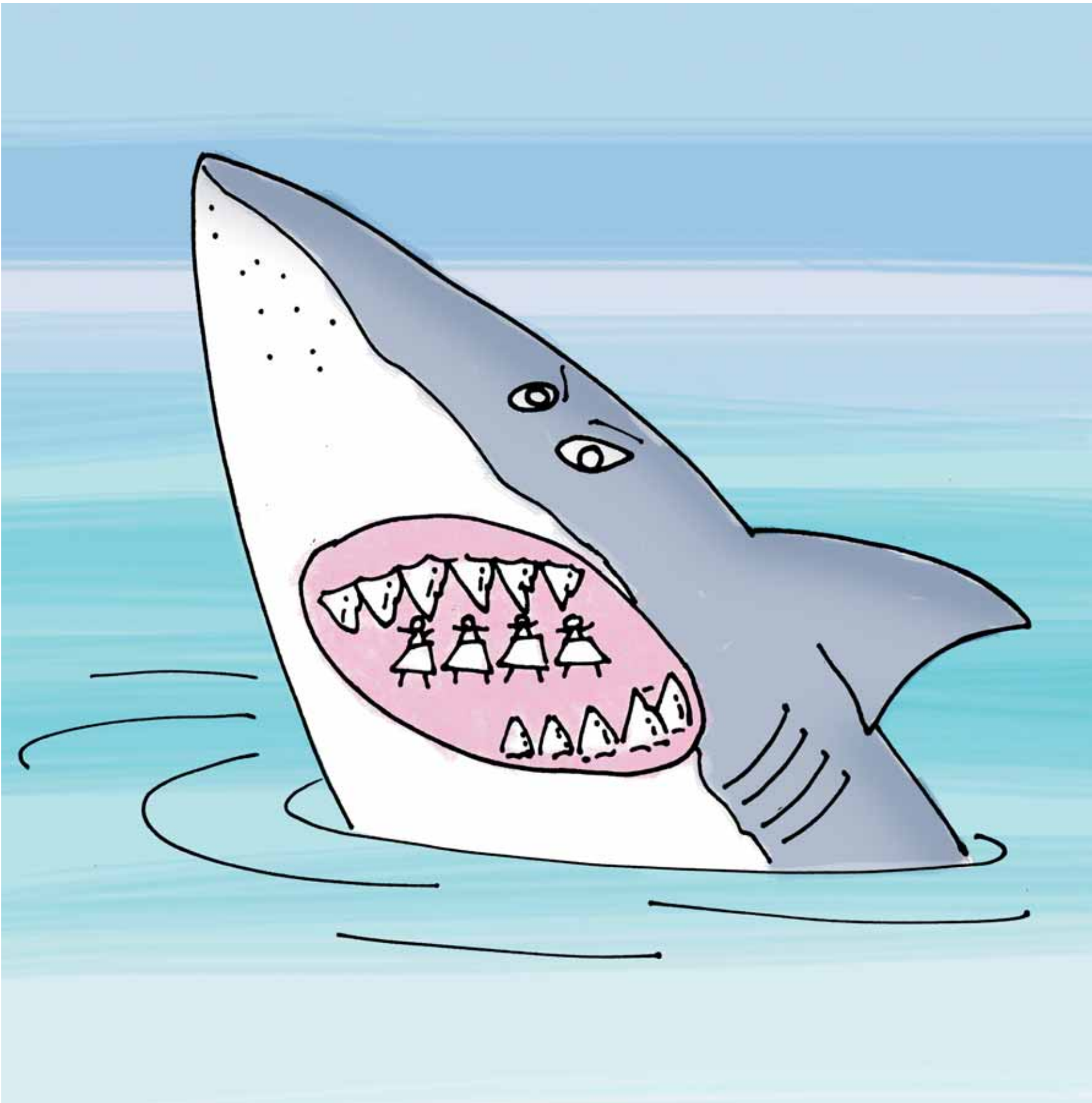




Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Cada vez que Dani escuchaba la palabra tiburón, se echaba a temblar, y es que siempre se imaginaba a los tiburones abriendo una boca tan grande como la parte delantera del autobús del colegio, con tantas filas de dientes como sillas había en su clase y tan grandes como el armario empotrado de su abuela Carmen, y eso era muy grande, porque su abuela guardaba en aquel armario ropa desde que ella era joven.

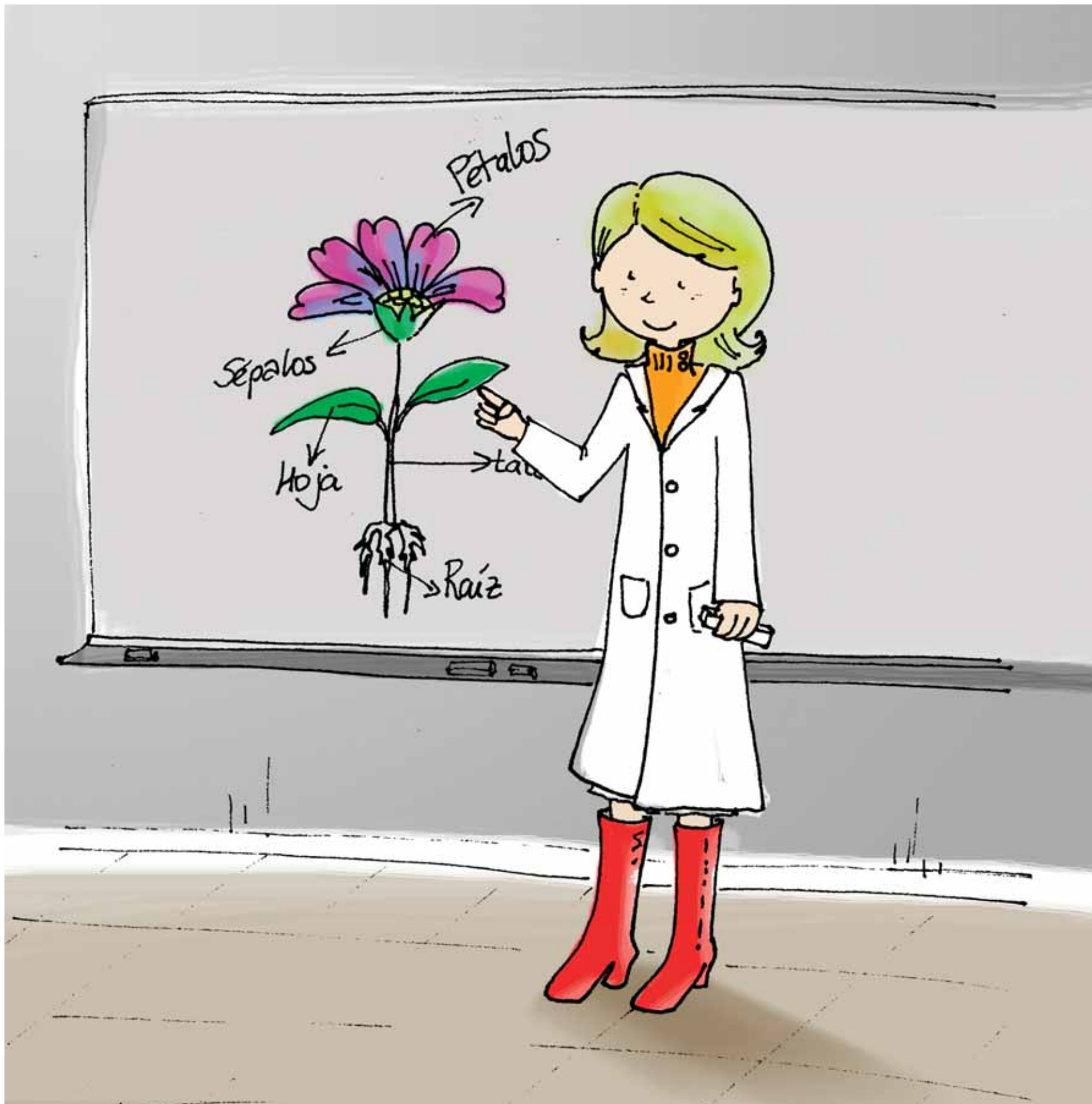
Así veía Dani a los tiburones, unos animales feroces que no deberían existir ni en el mar; bueno, en el mar sí, pero muy hondo muy hondo, donde nadie supiese nunca nada más de ellos.





Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

El martes era el día favorito de la semana para Dani. La mayoría de sus amigos prefería el viernes, por aquello de que al viernes siempre le seguía el sábado y el domingo, que eran días de juegos, bueno, y a veces para hacer deberes, pero sólo durante un rato. Aún así, Dani prefería los martes porque había clase de Conocimiento del Medio, ¡su asignatura favorita! Los martes venía la mejor profesora del mundo, al menos para él, su profesora Raquel, y no porque fuese guapa, que también, sino porque le enseñaba todo lo que sabía sobre la naturaleza, y es que a Dani la naturaleza y los animales le encantaban, aunque algunos, como las palomas y los tiburones, no.



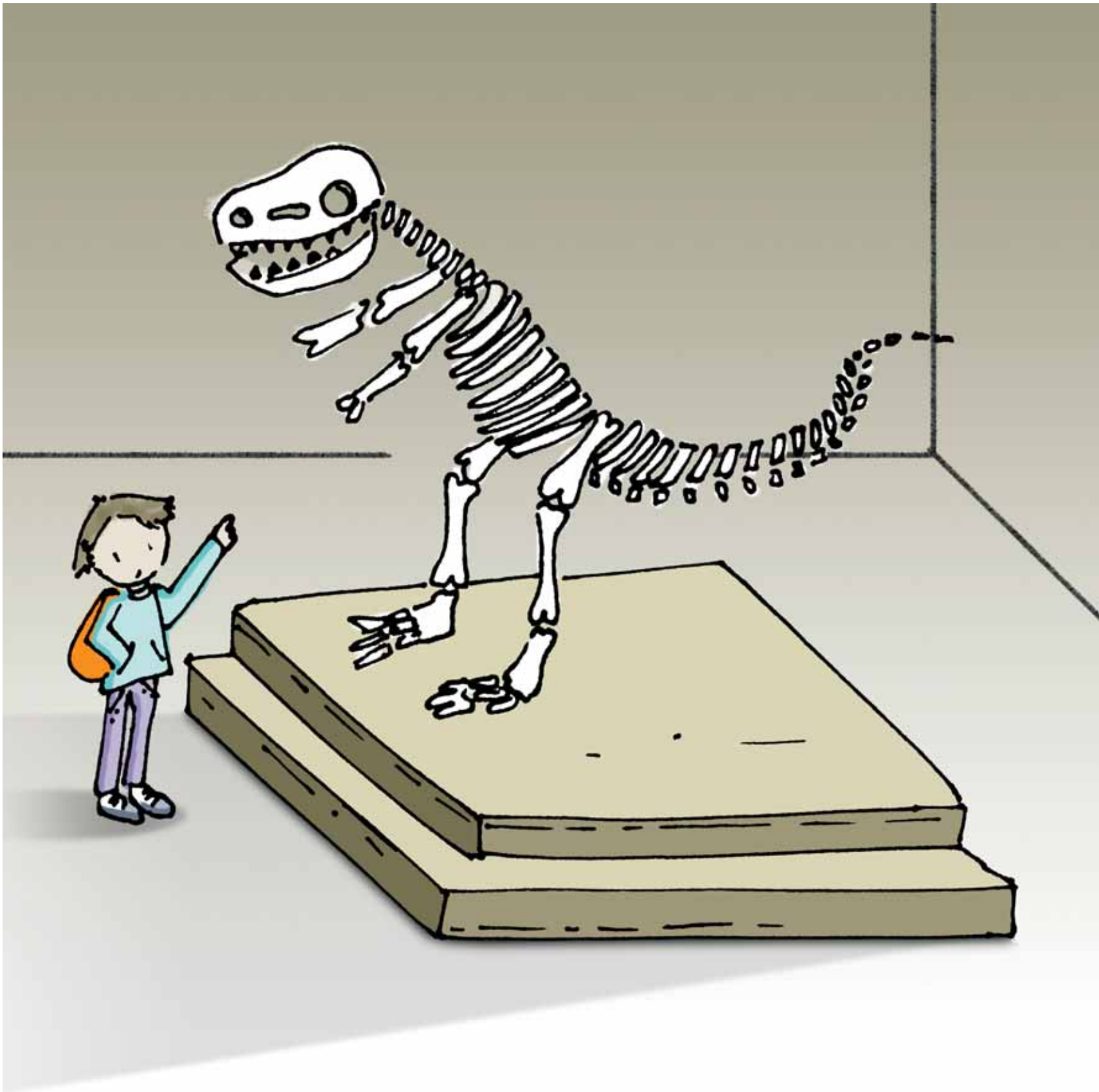


Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

El martes de la semana pasada, Raquel había anunciado a toda la clase una gran noticia:

—El próximo martes habrá excursión, dijo Raquel mientras metía el libro y sus apuntes en un bolso de cuero marrón. *—A las nueve de la mañana el autobús nos recogerá en la puerta del colegio para llevarnos a un sitio muy especial.*

En la clase se armó un gran revuelo. Todos los niños y niñas estaban entusiasmados, y de entre todos ellos, el más emocionado era Dani. Para él, ésa era la noticia del año. ¡Por fin había llegado la excursión! Aún recordaba la del año pasado, cuando Raquel les había llevado al Museo de Ciencias Naturales. Un museo todo lleno de huesos, como en las radiografías, pensó Dani nada más entrar. Allí había radiografías hasta de dinosaurios...



✂ Dani ya no tiene miedo a los *liburones*

¿Dónde irían esta vez?
Una semana le parecía
una eternidad para dar
respuesta a esa pregunta,
pero no le quedaba más re-
medio que esperar hasta
el próximo martes.

14

Cuando Dani despertó la
mañana de la excursión,
su padre ya le había pre-
parado el desayuno. Es-
taba tan nervioso que las
dos tostadas que siempre
se comía le parecieron
más grandes que nunca,
casi tanto como la suela
de un zapato. De hecho,
se asomó por debajo de la





mesa para ver si los zapatos de su padre seguían intactos.

A las nueve y cuarto, todos estaban sentados en el autocar. Dani se sentó con sus amigos; detrás iba Lourdes. Lourdes era amiga de los tres, aunque no siempre quería jugar o hablar con ellos. A veces, prefería irse con sus amigas. Decía que se divertía más, y la verdad lo parecía, porque cuando estaban juntas sus risas se oían por todo el autobús.



Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

El autobús arrancó, la profe Raquel se puso de pie, cogió el micrófono que había en el autocar, se giró para verles las caras (eso decía siempre que se ponía mirando hacia ellos) y les comunicó por fin a dónde se dirigían:

—Hoy vamos a conocer el acuario más grande de Europa: ¡vamos al Oceanogràfic!

Todo el autobús estaba de fiesta menos Dani, que se había quedado petrificado, pálido como las medusas que conocería después. Él sólo pensaba en una cosa: ¡tiburones! ¡Su peor pesadilla! Veía tiburones por todas partes y se los volvió a imaginar como siempre había hecho hasta entonces.

Raquel les presentó al conductor:

—El conductor se llama Luis y necesita conducir tranquilo, así que confío en que no arméis mucho jaleo.

Luis era un hombre ya mayor al que le gustaban los niños, aunque no los llamaba niños, sino chavales. A Dani le gustaba cómo sonaba eso, ya que ser un chaval era mucho más importante que ser un niño.

El autobús paró frente a la puerta del Oceanogràfic. Todos los niños empezaron a bajar, todos menos uno, Dani, claro, que dudaba y no sabía qué hacer. El señor Luis lo vio por el espejo y entonces le llamó:

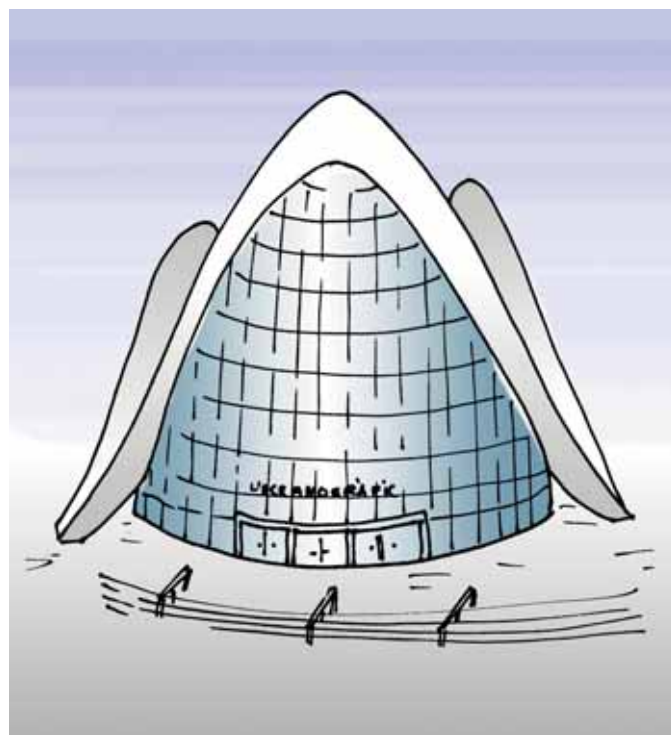
—¡Eh, chaval! ¿No quieres bajar?... ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

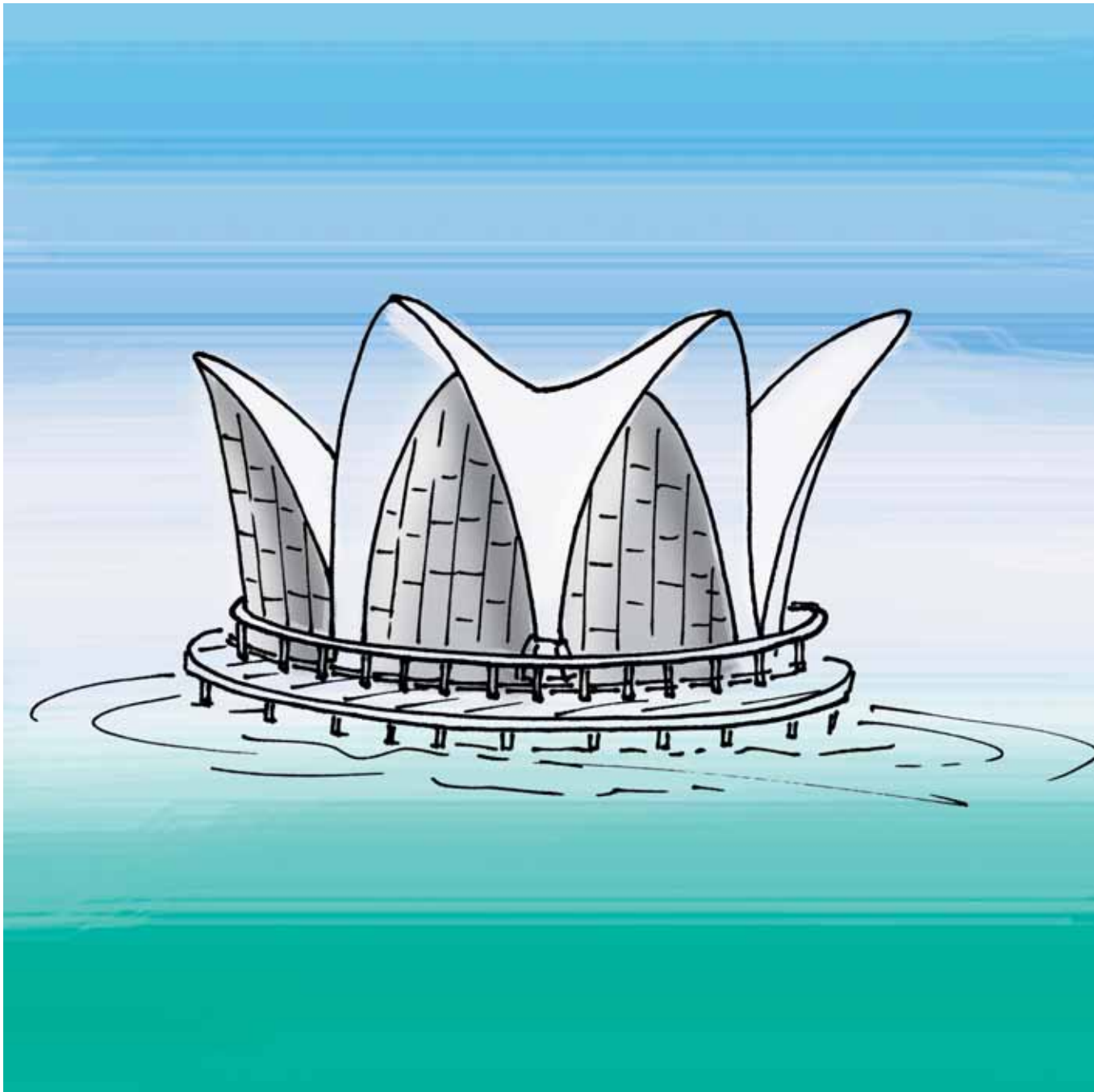


 Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Quizás tú puedas ayudar a Dani y encontrar algo mucho mejor con qué compararlos.

Dani recordó lo que siempre le habían dicho sus dos mejores amigos, Óscar y Rafa. Ellos decían que cuando alguien te pregunta si tienes miedo, lo mejor es decir que no y salir corriendo, así no hay que dar explicaciones a nadie. Su madre, sin embargo, siempre le había dicho todo lo contrario, que nunca hay que salir huyendo del miedo, que lo que hay que hacer es mirarlo a la cara y superarlo. Dani esta vez siguió el consejo de sus amigos. Pensó que le convenía más, sobre todo porque su profesora ya había empezado a formar la fila. Así que se despidió del señor Luis con un simple adiós.



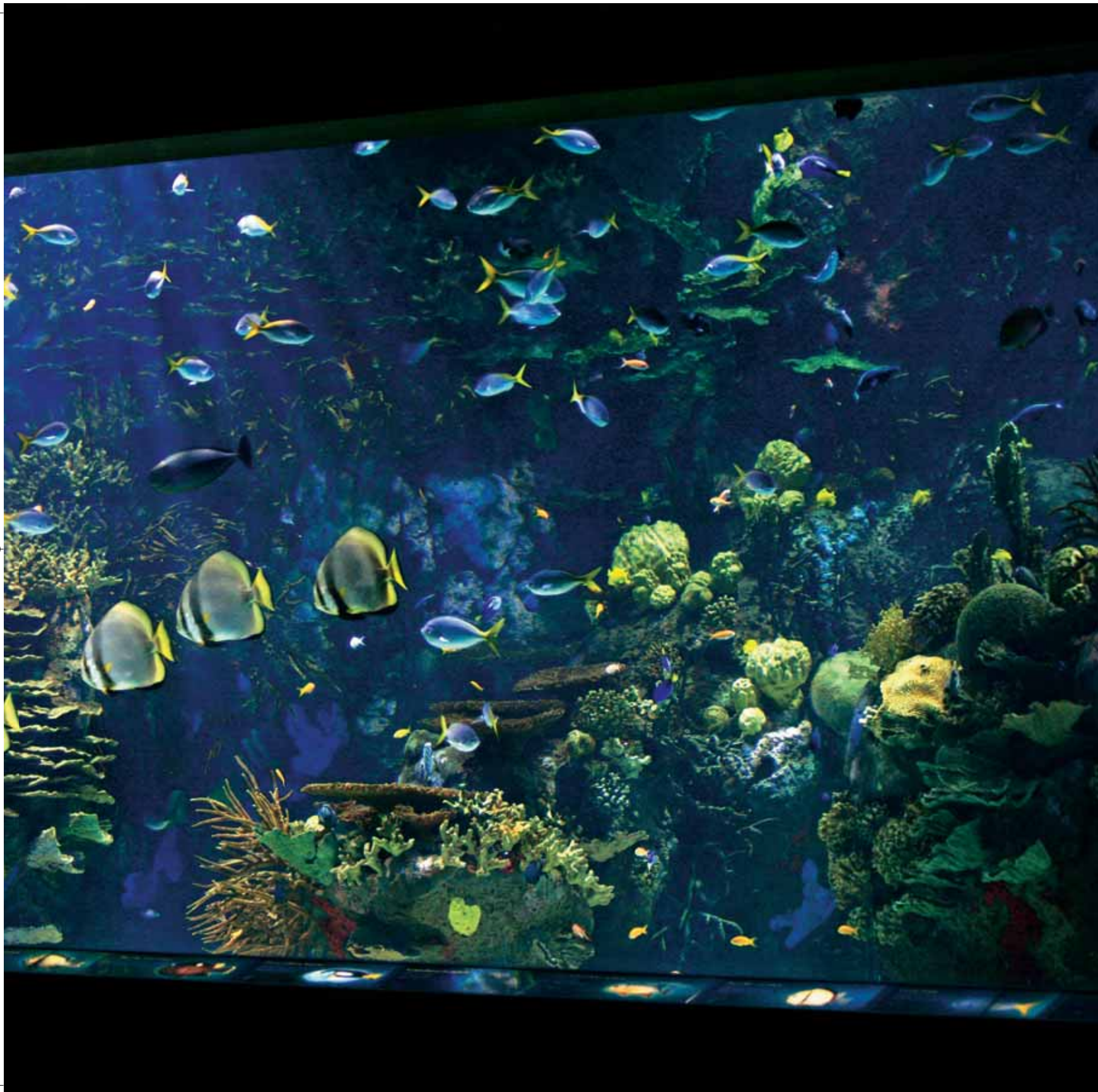


 Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

20

El Oceanogràfic era muy diferente a todo lo que había visto hasta ahora. Nada más entrar, había unos edificios muy raros. Tenían forma de sombrero o de pájaro visto desde atrás o de algo que todavía no había podido encontrar que fuese digno de comparar con aquellos edificios tan extraños.





 Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

¿Tú sabes dónde está el ecuador? ¿Podrías marcarlo en este esquema de la Tierra?





El Oceanogràfic era como el mar, azul y lleno de agua, y es que Dani se imaginaba el mar así, como una bañera gigante llena de agua. De hecho, cuando se metía en el mar andaba con mucha precaución por el fondo para no pisar el tapón, no fuese a vaciarse por su culpa.

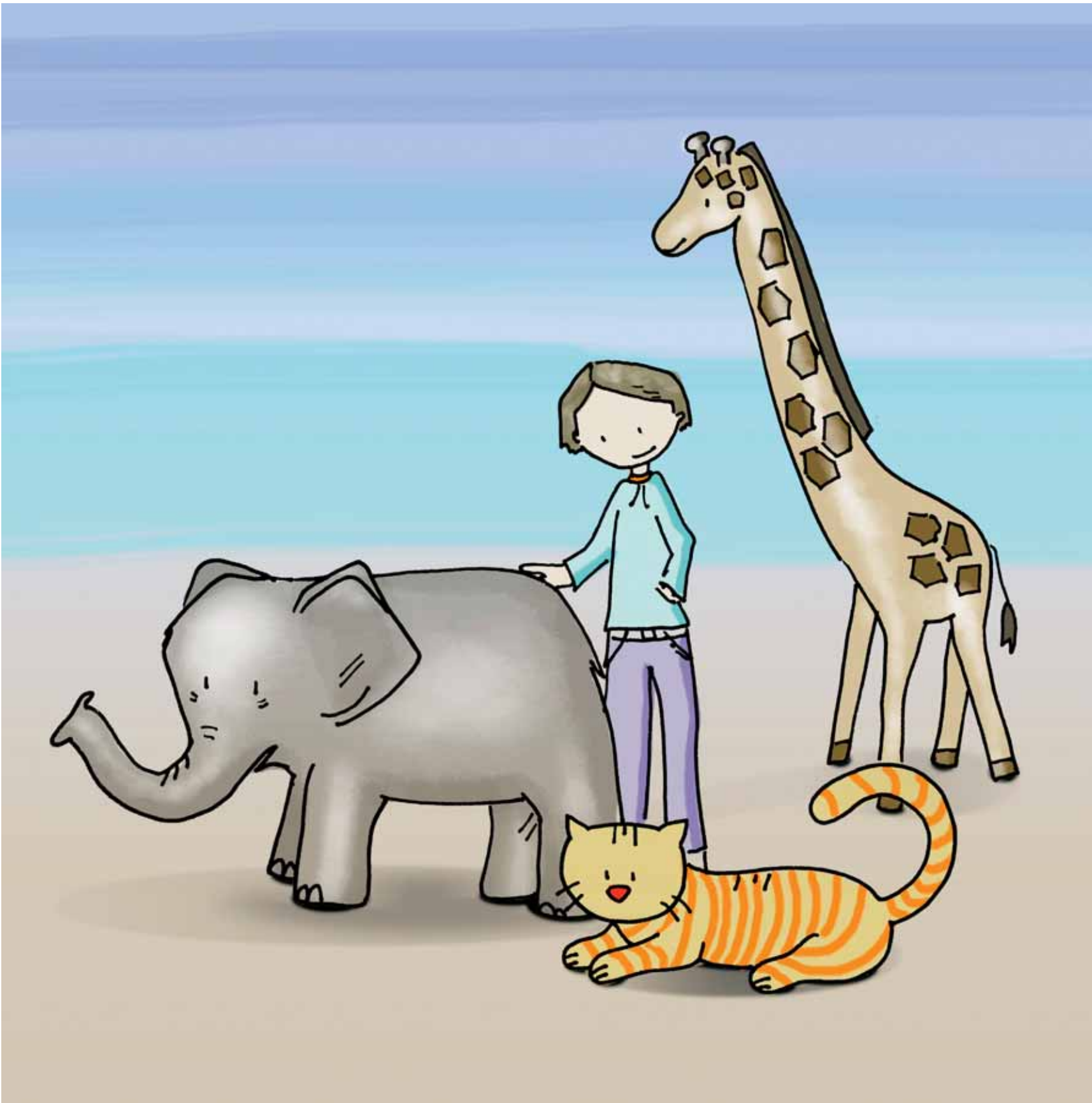
¡Había peces de todos los colores! Los mares tropicales, así lo explicó Raquel, se encontraban cerca del ecuador, una línea imaginaria que dividía a la Tierra en dos mitades, el hemisferio norte y el hemisferio sur. Entonces Dani se acordó de cuando su abuelo Charles le preparaba el zumo. Él siempre dividía la naranja por el ecuador en dos mitades, como si fuese la Tierra. El abuelo Charles sabía muy bien dónde se encontraba el ecuador, al menos el de las naranjas.



Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

A Dani le encantaba la idea de conocer el mar. Él ya conocía muchos animales de los que viven en tierra. Conocía a las jirafas, a los orangutanes, a los elefantes, a los perros..., pero del mar, ¿cuántos animales conocía realmente? La verdad es que a esta pregunta prefería no contestar, porque no podía evitar pensar en los tiburones.

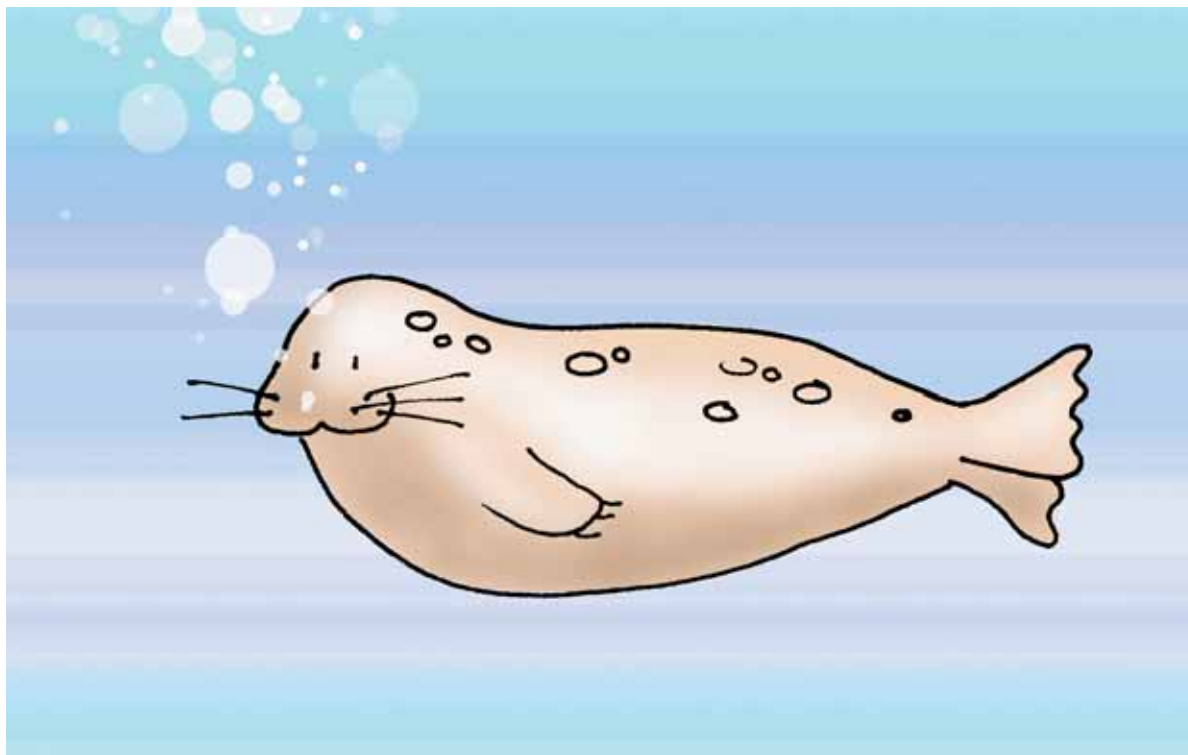
Ya habían visto casi todo el acuario. Los delfines eran muy ágiles, las morsas unas juguetonas y las belugas emitían unos sonidos muy extraños.

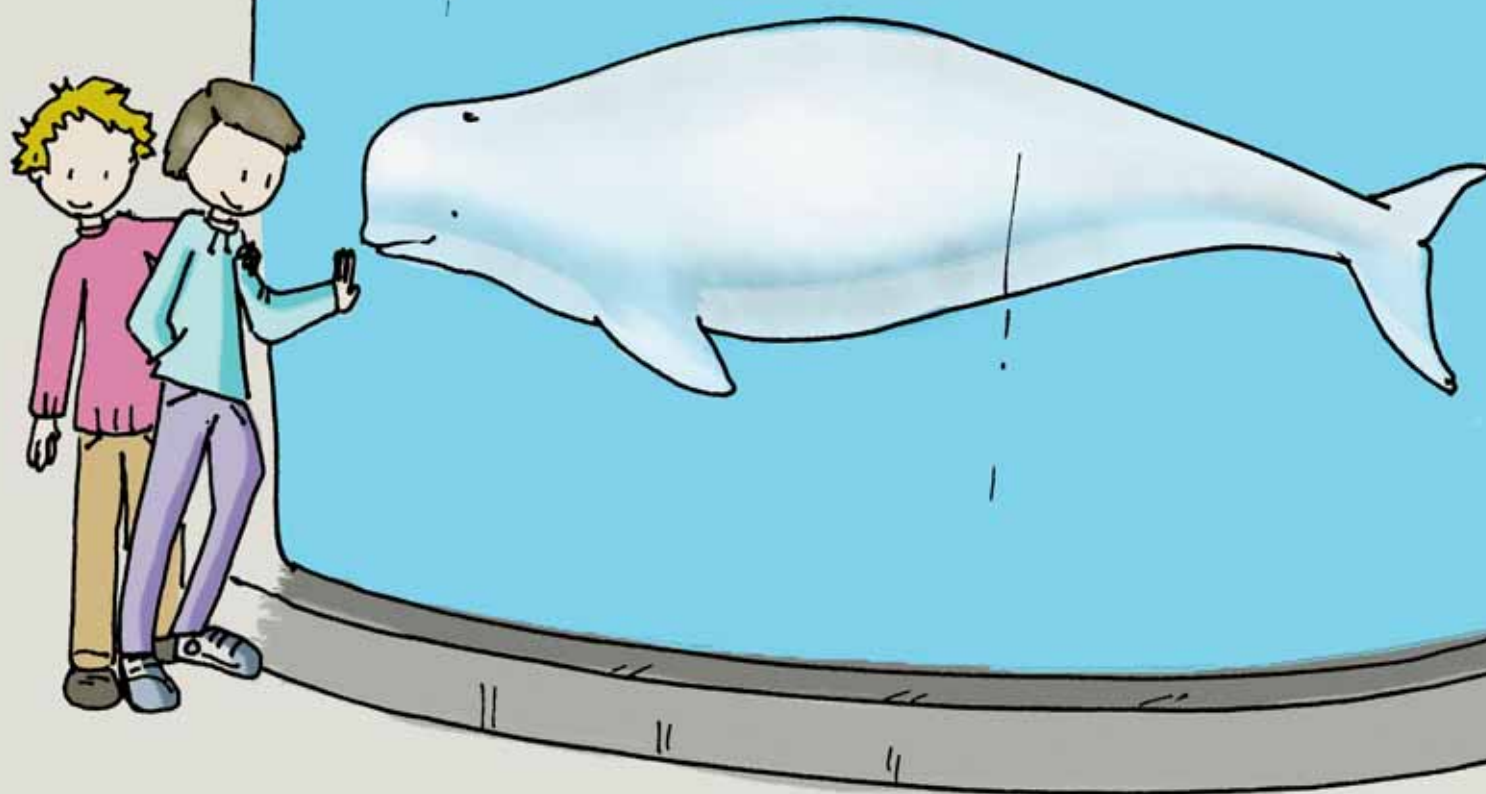


 Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

—*¿Qué querrían decir?*, se preguntaba Dani cuando estaban pasando por el Ártico. A lo mejor era un saludo en su idioma o una canción.

El Ártico era el Polo Norte, y siempre hacía frío. ¡Menos mal que los animales que viven allí están muy abrigados por la grasa! Eso decía Raquel, por la grasa...

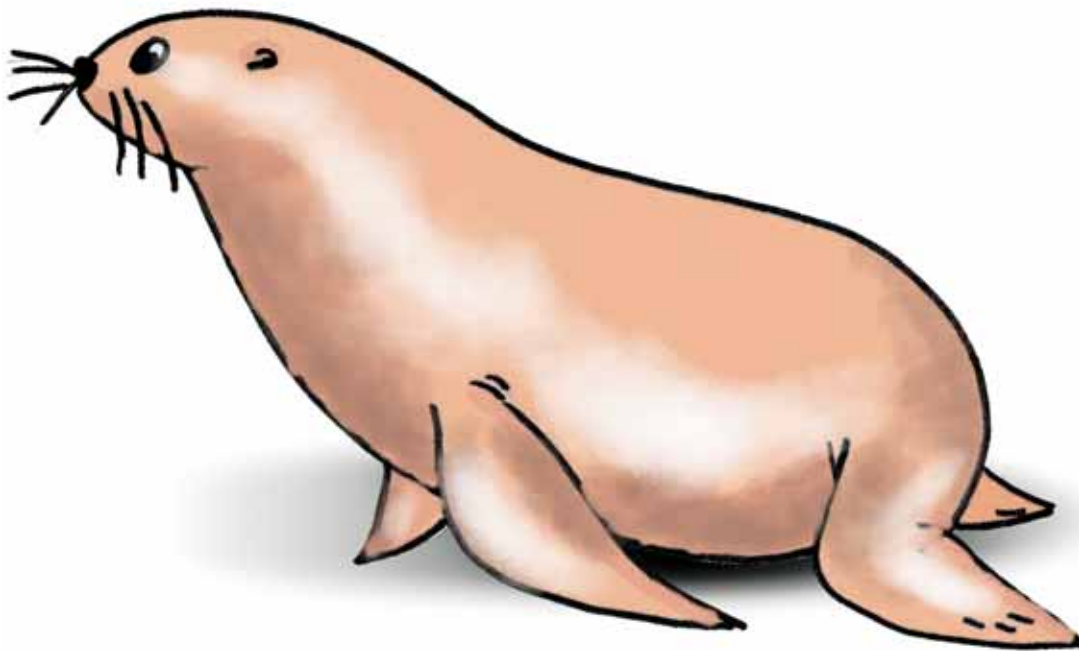






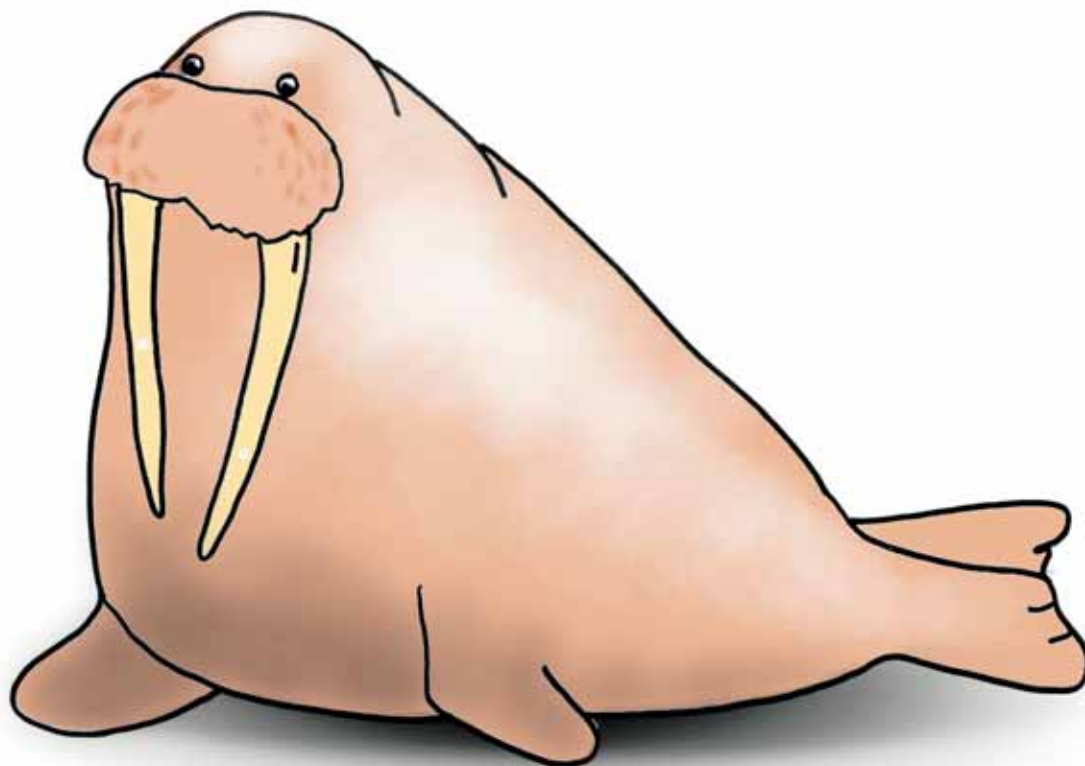
Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Una cosa muy curiosa que había aprendido Dani era a distinguir entre una foca, una morsa y un león marino. A él le parecían todas iguales, pero tenían diferencias. Las focas y las morsas no tenían orejas; los leones marinos, sí. Las morsas eran más grandes, tenían colmillos para sujetarse sobre las placas de hielo y nadaban



¿Sabrías distinguirlos? Escribe el nombre de cada animal debajo de su dibujo.

más parecido a las focas; es decir, con las aletas traseras. Los leones marinos en el agua se impulsaban con las aletas delanteras, más o menos como cuando nadan las personas. Los leones marinos eran los que más le gustaban a Dani. ¡Nunca imaginó que en el mar también hubiese leones!





Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Las medusas también le gustaron mucho; nadaban muy despacito. Cuando Dani se detuvo frente al acuario de medusas, se echó a reír porque se estaba imaginando cómo una medusa que nada tan despacio hace nadar a la gente tan deprisa cuando se la encuentra en el mar. A él no le había rozado nunca una medusa, pero a su hermano Alberto, sí.

Cuando conoció los peces del mar Mediterráneo disfrutó mucho, porque, al fin y al cabo, esos peces son los que se podría encontrar cualquier día de playa. Cualquier día de verano, claro, porque en invierno el agua está mucho más fría y ¡cualquiera se baña!

Otros animales que le dejaron boquiabierto fueron los cangrejos araña gigantes. Aquellos cangrejos eran más grandes que los centollos de la pescadería de Javi. Allí compraban sus padres siempre el pescado, porque era fresco, eso decía su madre, y la verdad es que si metías el dedo estaba frío, así que debía ser muy fresco.





 Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*







Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

¡Por fin iban a entrar en el acuario de los tiburones! Al parecer allí iban a conocer a otra persona, una bióloga que sabía mucho del mar. Pero también iban a conocer a los tiburones y ésta era la razón por la que él se negaba a entrar. Menos mal que su profesora Raquel le convenció para bajar la escalera. Cuando la escalera terminó y se disponían a entrar, Dani cerró los ojos con la intención de no abrirlos hasta que saliesen de allí.

Sus amigos le intentaban convencer prometiéndole su protección si alguno de aquellos tiburones se escapaba, pero eso no bastaba para Dani; ¿qué se habían creído Óscar y Rafa? A ellos se los comería los primeros. El tiburón también se defendería y, la verdad, no quería quedarse sin amigos sólo por ver un tiburón. Así que mantuvo los ojos cerrados.





Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

De pronto, de la nada surgió una voz muy amable que le decía:

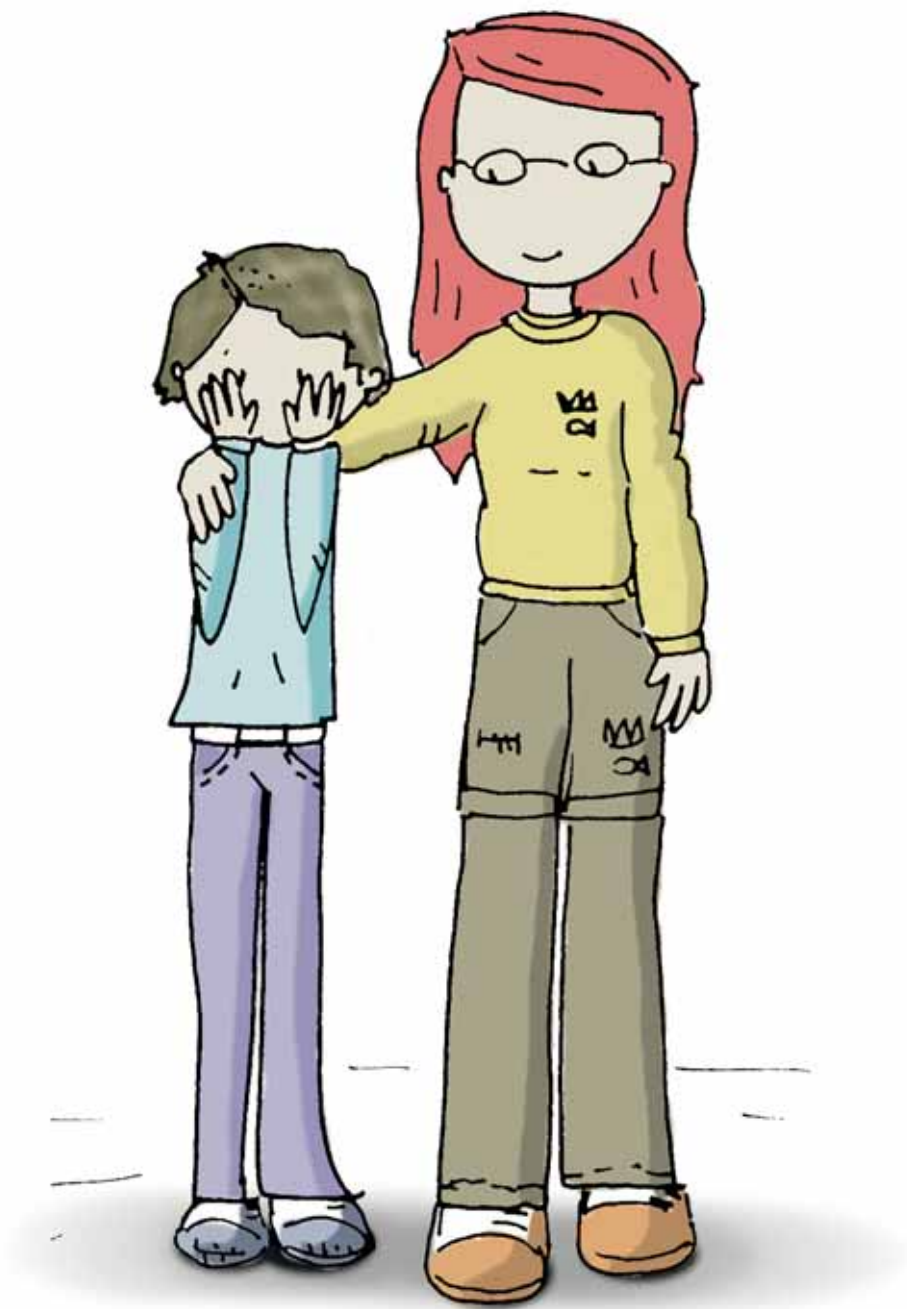
—¿Tienes miedo de los tiburones?

—Sí, mucho, y por eso no pienso abrir los ojos y dejar que se coma a mis amigos. Los tiburones comen personas, respondió Dani.

—¿Quién te ha dicho eso?, le dijo entonces la voz.

—Es lo que sale en todas las películas, contestó Dani bajito.

—Eso sólo son películas. ¿Te crees todo lo que sale en las películas? Creo que ya eres lo suficientemente mayor como para poder distinguir la realidad de la ficción. Así que te voy a pedir que confíes en mí y ya verás cómo hoy vas a superar el miedo a los tiburones.





Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Dani no quería abrir los ojos, no quería ver cómo toda la clase iba a desaparecer de un simple mordisco, no quería pensar en la que se iba a armar cuando el tiburón rompiese el cristal del acuario.

Tampoco le apetecía escuchar a la salida todos los comentarios acerca de su miedo. Le llevaría horas explicar a todo el mundo por qué no le gustaban los tiburones. Así que decidió adoptar una postura intermedia: abrir sólo un ojo.

Lo que vio le sorprendió tanto que le dejó sin palabras. Allí había muchísimos tiburones, de formas distintas, pero ninguno era lo suficientemente grande como para ajustarse al tiburón producto de su imaginación. Ningún tiburón de los que estaba viendo tenía la boca tan grande como la parte delantera del autobús, ni tenía tantas filas de dientes como sillas había en la clase, ni era tan grande como el armario empotrado de su abuela Carmen.

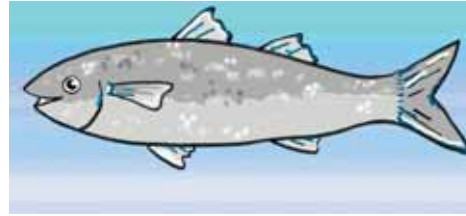
Su corazón empezó a latir más despacio y las piernas dejaron de temblarle. Unos minutos más tarde, abrió el otro ojo.







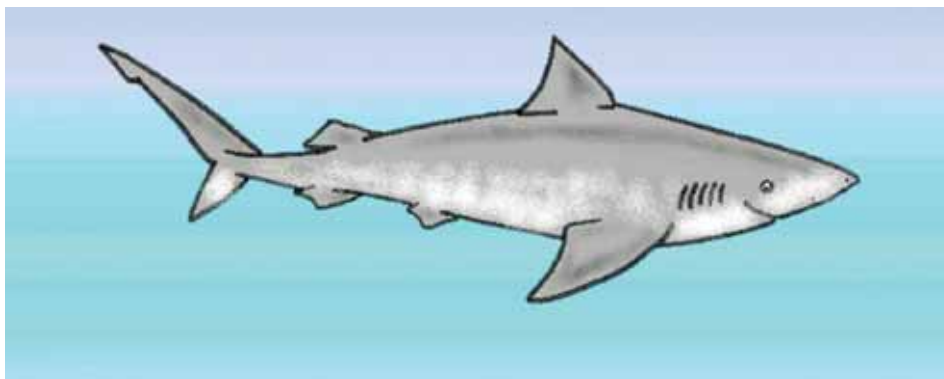
Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*



La voz amable, que en realidad se llamaba Marina, empezó a contarles todo lo que ella sabía sobre los tiburones.

Lo primero que les enseñó es que los tiburones son peces y no mamíferos. Son peces con cartílago, como el cartílago de nuestras orejas o el cartílago de nuestra nariz. Dani no entendía muy bien lo del cartílago, pero ya se lo preguntaría otro día a su profesora, porque no quería interrumpir a Marina.

—Los tiburones son peces porque respiran por branquias y sus extremidades están transformadas en aletas para la natación. Cada aleta, además, tiene un nombre y una función.





Los tiburones no tienen escamas. Como la gran mayoría de los peces, tienen una especie de dientecitos por todo el cuerpo. Se llaman dentículos dérmicos. A Dani esto fue lo que más le sorprendió. Los tiburones tenían dientes hasta en la piel. Se acordó del frasco donde tenía los dientes y las muelas que se le habían ido cayendo a lo largo de estos años. Pensó en todos esos dientes cosidos en su piel y soltó una carcajada.



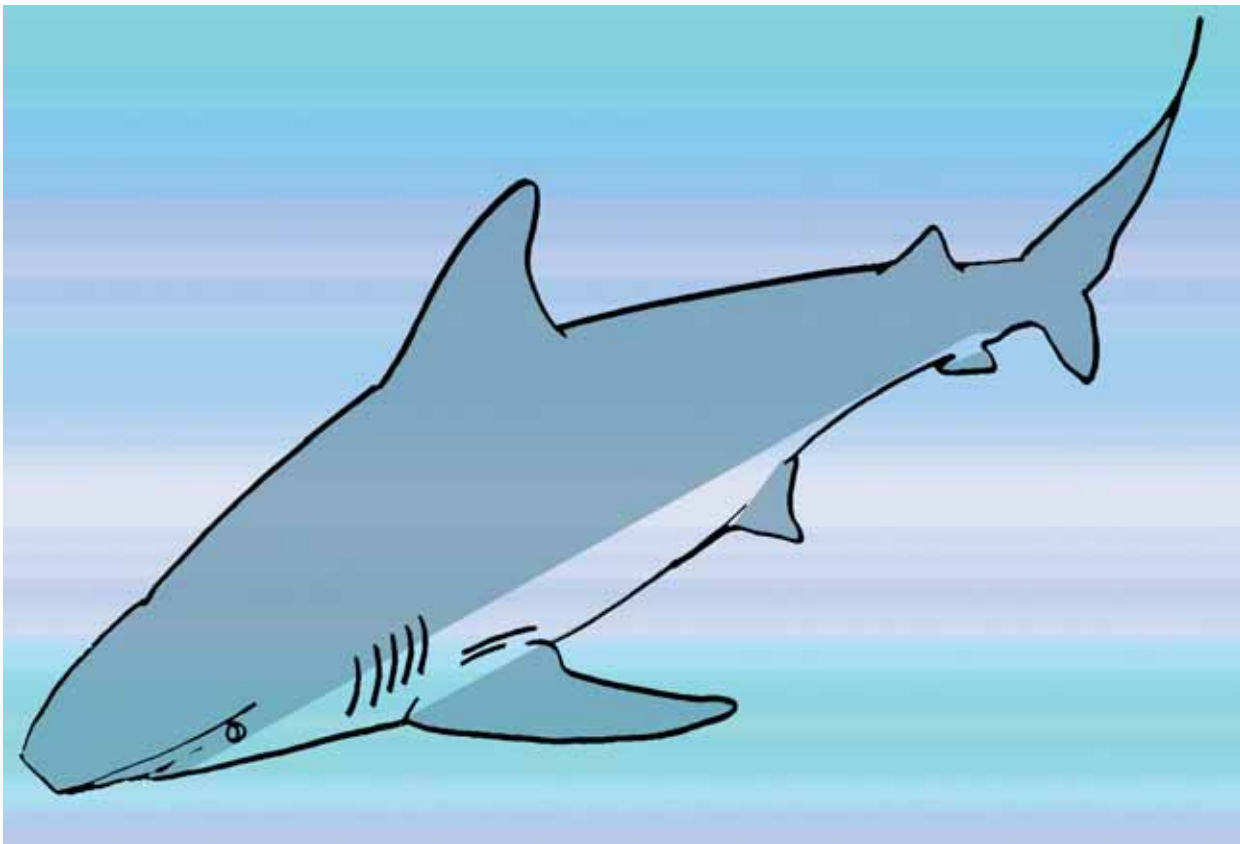
Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Marina prosiguió con la explicación:

—Los tiburones tienen el cuerpo alargado para nadar mejor por el agua, y, a diferencia de nosotros, poseen siete sentidos.

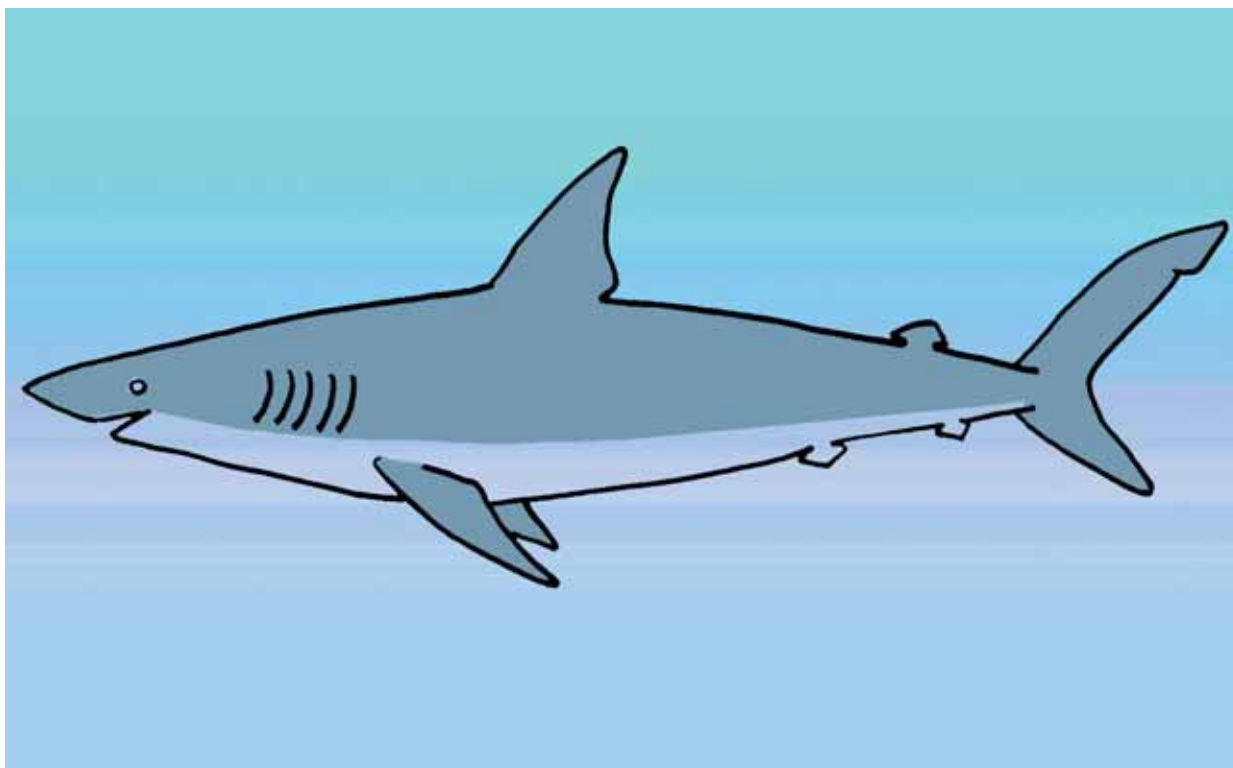
A Dani que los tiburones tuviesen siete sentidos le dejó estupefacto. ¿Cómo era posible que un pez tuviese más sentidos que una persona?

Los tiburones tienen muy buena vista; pueden ver hasta cuando la luz es escasa.



—El olfato es uno de los sentidos más interesante de los tiburones. Son capaces de detectar una gota de sangre entre en un millón de gotas de agua, dijo Marina.

Lo de la sangre ya no le hizo tanta gracia a Dani, porque sin querer se había imaginado a alguien siendo atacado por un tiburón. Luego, Marina explicó que la sangre para un tiburón era una pista de que allí había un pez herido, y un animal herido siempre era más fácil de capturar. Aún así, a Dani ese tema no le hacía mucha gracia... La última vez que fue a hacerse un análisis de sangre se había quedado más blanco que la bata del enfermero que le pinchó.





Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

—La línea lateral le sirve para detectar cambios de presión en el agua y esto, a su vez, para percibir movimientos, la dirección de la corriente del agua y la presencia de otros animales cuando están cerca. Este sentido lo tienen todos los peces, no sólo los tiburones.

—*¡Menuda suerte!*, exclamó Dani. A él también le hubiese gustado notar cuándo alguien se le acercaba por la espalda dispuesto a pegarle un gran susto. Así habría estado preparado...

—Otro sentido de los tiburones son las ampollas de Lorenzini, explicaba Marina. La entrada a estas ampollas se halla en la zona de la cabeza.



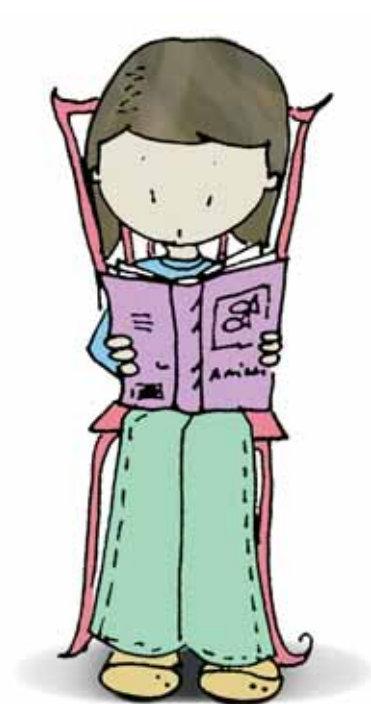


Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

—*¡Madre mía!*, pensó Dani. *¡Los tiburones eran los mejores del mundo!*

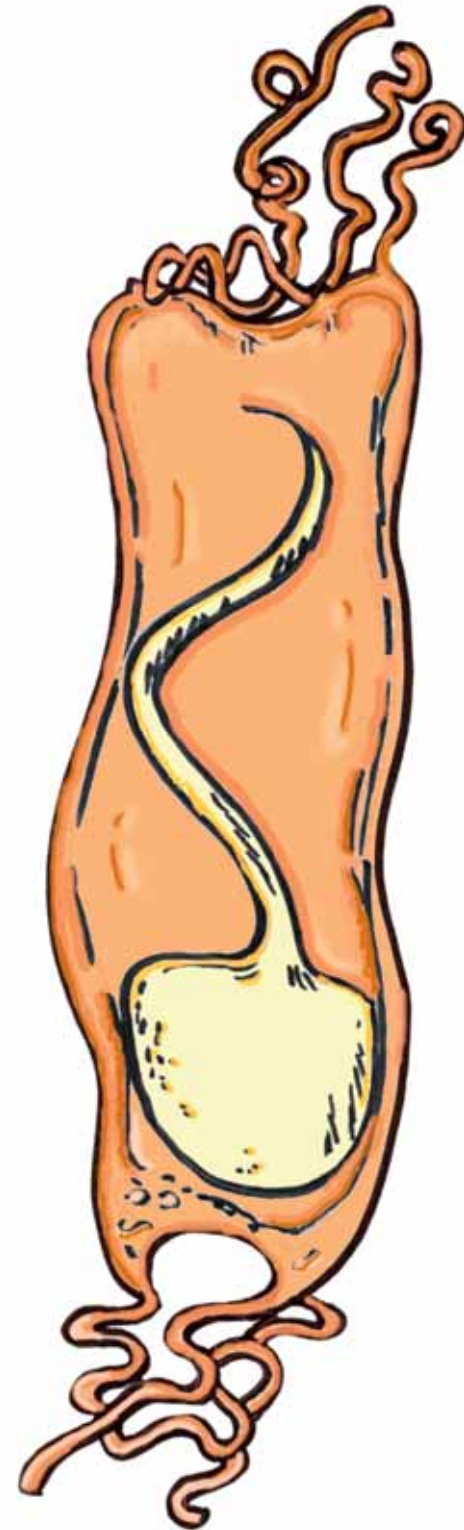
Por primera vez en su vida ya no les tenía tanto miedo. Lo que ahora estaba empezando a sentir por ellos era ¡admiración!

—*¿Cómo tienen crías los tiburones?*, preguntó Natalia. Natalia era de las niñas más inteligentes de la clase, bueno, Gloria también, pero Natalia era la niña que mejores notas sacaba. Al parecer, sus padres le habían regalado la pasada Navidad un libro de animales marinos, y ella sabía muchas cosas sobre el mar que ninguno de los otros conocía todavía.



—*Los tiburones se reproducen de tres maneras diferentes, explicaba Marina. Se reproducen poniendo huevos, pero no huevos como los que conocéis de aves, sino unos huevos un tanto especiales.* En ese preciso instante, metió la mano en su bolsillo y sacó de allí una cosa rara de color marrón. La cosa rara de color marrón era un huevo de tiburón.

—*Además, existen tiburones que son ovovivíparos, como por ejemplo el tiburón toro. Los huevos se rompen en el interior del útero de la madre, que después parirá las crías vivas. Por último, existen tiburones vivíparos, que tienen hasta cordón umbilical. Eso no os lo imaginabais, ¿eh?*





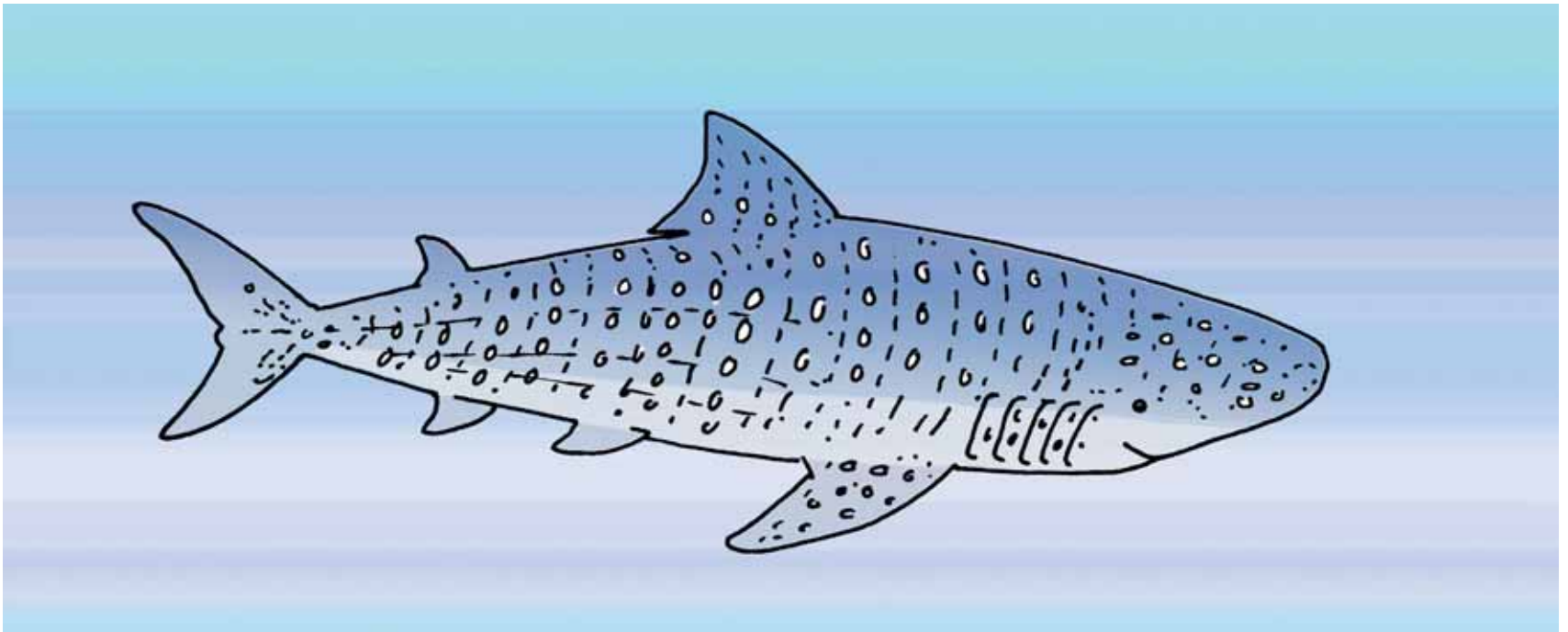
Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Los tiburones eran unos fuera de serie, pensaba Dani. Ya no les tenía miedo. Ahora se habían convertido en uno de sus animales favoritos. Cuando llegase a casa, iba a hacer un dibujo con todas las cosas que Marina les había enseñado.

—¿Sabéis cuál es el tiburón más grande del mundo?, preguntó Marina.

Y Natalia, era de esperar, contestó:

—El tiburón ballena. Mide unos catorce metros y es muy bonito. A mí me encanta, porque tiene como lunares por todo el cuerpo.



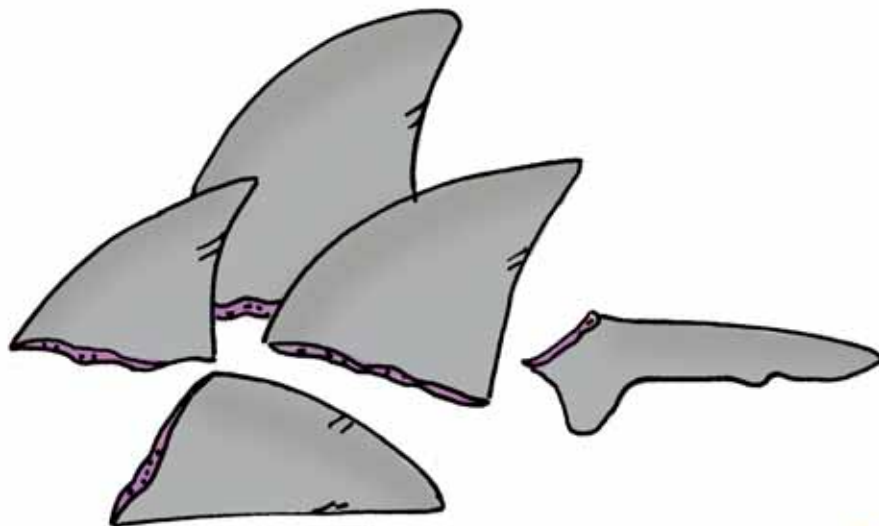
—Eso es, respondió Marina. El tiburón ballena es el más grande del mundo, y además de ser muy bonito, como ha dicho Natalia, se alimenta de plancton, el cual captura filtrando el agua. Para entenderlo, basta con imaginarnos un colador gigante.

Dani pensó entonces en el colador que guardaba su madre en el cajón de la cocina. Él no podría vivir sin aquel colador. Odiaba la nata que se formaba al calentar la leche por la mañana y el colador era su salvador. El tiburón ballena, a partir de ahora, le caía bien, por aquello de ser un colador gigante.

—Antes de acabar con la explicación, dijo Marina, voy a contaros lo más importante sobre los tiburones: los tiburones están en peligro. Los seres humanos estamos haciendo que estos animales desaparezcan del mar. De hecho, muchas especies de tiburón se encuentran en peligro de extinción. Fijaos en ese cartel: ahí tenéis algunas de las especies más amenazadas de tiburones.



 Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*



50

—Existen varias razones por las que los tiburones se encuentran amenazados, dijo Marina. Una causa muy importante es el 'finning'. El 'finning' es la práctica de cortar las aletas a los tiburones para hacer sopa de aleta de tiburón, y tirar el resto del cuerpo al mar, produciéndole al animal una muerte muy lenta y dolorosa.

—¡No puede ser!, exclamó Dani. ¿Quién iba a hacer algo así?

—Muchos pescadores, Dani, que venden esta mercancía a países orientales donde se cocina la sopa.

—¿Todo ese dolor por hacer sopa? ¡Con lo buena que está la sopa de fideos con pollo!

Marina rio. *—Lo que debemos hacer nosotros es intentar concienciar a la gente para que esto no ocurra más y también para que no haya tanta sobre-explotación pesquera, ni el agua esté tan contaminada. Así quizá podamos, entre todos, ayudar a los tiburones. Además, si contáis lo que habéis aprendido hoy aquí, cada vez habrá más personas que quieran ayudarnos. ¿Qué os parece?*

Se oyó un grito al unísono: *—¡Bien!* Todos los niños y niñas de la clase estaban encantados con los tiburones. Habían aprendido que los tiburones estaban en peligro y eso no lo podían permitir, porque los tiburones jugaban un papel muy importante dentro de la cadena de alimentación marina.





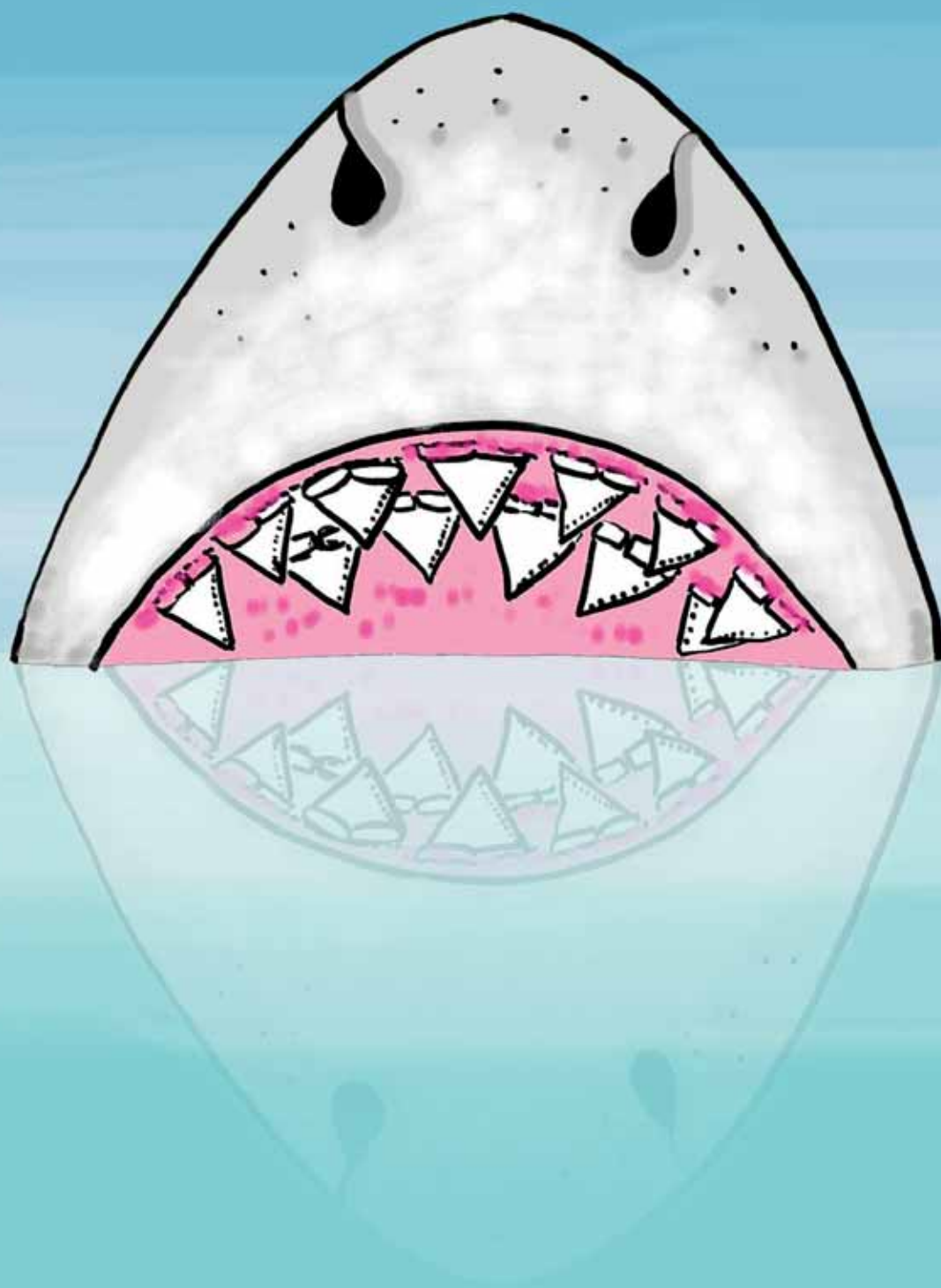
Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*



La clase entera, incluida la profe Raquel, que estaba dada la vuelta para verles las caras, dieron un fuerte aplauso a Marina. Y ésta, en agradecimiento por lo bien que se habían portado, les repartió un diente de tiburón a cada uno, mientras les decía:

—Los tiburones tienen muchos dientes a lo largo de su vida, porque no están fijos como los nuestros, sino que se les van cayendo casi continuamente. Unos dientes se caen y otros nuevos se forman en la parte de atrás.

Eso fue lo último que dijo Marina antes de darse la vuelta y mandarles un beso a lo lejos.





Dani ya no tiene miedo a los *tiburones*

Todos estaban entusiasmados con los tiburones. No había un animal más increíble en el océano, al menos para Dani. Nunca olvidaría el día que había pasado en el acuario. Nunca olvidaría lo mucho que le habían gustado los tiburones.

Volvieron al autobús. Dani echó por un instante la vista atrás. Se alegraba tanto de haber entrado en el acuario, que quería ver el Oceanogràfic una vez más. Esta vez, al subir al autobús, lo primero que le dijo al conductor, el señor Luis, era todo lo que se había perdido por quedarse allí esperándolos. A lo que el chófer se limitó a contestar: *—¡Muy bien, chaval!*

Éste es Daniel, un niño de nueve años que tiene miedo a muchas cosas: a la oscuridad, a las montañas rusas, al profe de mates y a las palomas. Pero ya no tiene miedo, ni nunca lo tendrá, a los tiburones. Ahora lleva al colegio dos cosas en el bolsillo: una araña de plástico y un diente de tiburón.

